

ECONOMIA MUNDIAL: VIEJAS SOLUCIONES, NUEVOS PROBLEMAS

David Ibarra
16 de julio de 2003

En 2001, la economía mundial cayó en depresión, después de varios años de prosperidad. Los principales países desarrollados experimentaron recesos que, con pocas excepciones, afectaron al grueso de las naciones periféricas. Con peligrosa sincronía las economías del Primer Mundo vieron reducir su tasa media de crecimiento del 3.8% en 2000 a 0.9% en 2001. Estados Unidos y Japón prácticamente se estancaron (0.3% y 0.4%) y la zona europea del euro se expandió apenas al 1.4%. Los problemas posiblemente se iniciaron en los Estados Unidos cuando se interrumpe el crecimiento explosivo del sector de tecnología, de comunicaciones e informática y cuando eso mismo coincide con el desplome de la bolsa de valores. Las dificultades japonesas, por supuesto, eran anteriores y las reformas económicas de la integración económica de Europa, también fueron fuente de trastornos.

El contagio depresivo rápidamente se extendió a las zonas en desarrollo. Los nexos de interdependencia-dependencia de la globalización se expresaron en contracción del comercio, deterioro de los precios de los productos primarios y reducción de los flujos de financiamiento al desarrollo. Las exportaciones de bienes de la periferia, de una tasa de expansión enorme 25% (2000), decrecen 3.2% en 2001 y los términos de intercambio caen 3%. La reducción de las ventas externas de los países en desarrollo habría sido todavía mayor de no mediar el comercio exportador de China y la India.

De su lado, el financiamiento externo al desarrollo sea de fuentes privadas o públicas, préstamos o inversión extranjera directa y de cartera, cayó 10% a pesar del espectacular aumento del crédito del Fondo Monetario Internacional a los países en crisis (pasó de -6.8 miles de millones de dólares a más de 23 mil millones entre 2000 y 2001).

América Latina resultó particularmente afectada en el bienio 2000-2001. Baste señalar que el ritmo de ascenso del producto cae del 4% al 0.6%, que la tasa de crecimiento de las exportaciones se torna negativa en 3.4%, la que resalta frente al crecimiento del año anterior (19.6%), y que el financiamiento foráneo se reduce de 81 a 33 miles de millones de dólares. El receso es todavía más acusado en Argentina y México, países donde el producto cae 4% y 0.3%, respectivamente.

En 2002 la economía mundial inició, no sin dificultades una recuperación lenta. El crecimiento resultó escaso y frágil; el empleo quedó estancado, el comercio internacional fue desigual o bajo; se abaten las presiones sobre los precios; se deterioran las cuentas públicas de numerosas economías.

En el año en curso, se espera alguna mejoría, pero el aliento y alcances de la recuperación mundial sigue sujeta a incertidumbre. Ya la Reserva Federal redujo la proyección del crecimiento del año en curso de 3.25 a 2.50. Hay exceso de capacidad productiva, sobre todo en los países avanzados que se manifiesta en pérdida de valor de los activos de las empresas reforzando la caída de las cotizaciones accionarias en las principales bolsas del mundo. Ese mismo fenómeno incide en deprimir la inversión, esto es, el crecimiento de la demanda mundial y en deprimir los precios de muchas mercancías y servicios. A lo anterior se suma la consolidación casi terminal de las redes de las empresas transnacionales que alentó las enormes transacciones de fusiones y adquisiciones de empresas en la década de los noventa.

La recuperación de muchos países, particularmente los latinoamericanos, depende en alto grado de la economía norteamericana. Hoy por hoy, los Estados Unidos son la única locomotora que empuja el crecimiento mundial. Japón y Europa tienen clara dependencia de la evolución de la demanda mundial, aparte de encarar problemas particulares.

Por lo demás, están lejos de corregirse los substanciales desequilibrios del actual orden económico internacional. Los desajustes en la cuenta corriente de la economía norteamericana fluctúan anualmente entre 400 y 500 mil millones de dólares, es decir, son insostenibles a mediano y largo plazos. Ya toma cuerpo el alineamiento de paridades entre las grandes economías, pero el proceso de normalización está lejos de alcanzarse e inevitablemente tendrán repercusiones depresivas entre muchos de los grandes exportadores a los Estados Unidos.

Al receso norteamericano de 2001 ha seguido una recuperación, si se quiere moderada o lenta, pero sostenida. En 2002, esa economía creció 2.4% y 1.9% en el primer trimestre del año en curso. Y, sin embargo, en el último período se perdieron alrededor de medio millón de empleos, mientras los salarios bajaban o se estancaban. Como señala Greenspan, Director de la Reserva Federal, la volatilidad macroeconómica se ha reducido, pero ha creado inseguridad en el trabajo e inseguridad en las empresas. Medido en costos humanos, acaso se haya llevado demasiado lejos la destrucción creativa (Schumpeteriana) que acompaña a la intensificación de la competencia y a la lucha por la eficiencia a toda costa.

Por lo demás, ganada la batalla contra la inflación, comienzan a perfilarse los problemas de la deflación. En los países industrializados, la política monetaria -- principal instrumento del manejo macroeconómico-- vía la reducción de las tasas de interés y el aumento de la liquidez financiera, resulta cada vez menos apta para sacar de la depresión a las economías. Los consumidores se resisten o difieren su gasto frente a la mayor inseguridad personal y a la expectativa de bajas subsecuentes en los precios. Al propio tiempo, subsisten temores asociados al terrorismo, la corrupción corporativa o al tráfico de drogas que abaten la certidumbre de los negocios, segregan a regiones enteras del intercambio y estorban, en suma, el proceso de recuperación de la economía mundial.

En consecuencia, la política económica del Primer Mundo encara dilemas de nueva estirpe respecto a la experiencia del período que media entre la terminación de la Segunda Guerra Mundial y nuestros días: ¿Cómo combatir y con qué instrumentos las consecuencias de la deflación?, ¿cómo equilibrar la oposición entre eficiencia y equidad, es decir, cómo cumplir las promesas democráticas de la justicia social y la seguridad individual?.

En los países en desarrollo los mismos problemas están presentes y se añaden otros igualmente difíciles de resolver. En México, por ejemplo, la adaptación a la globalización lleva dos décadas de producir un crecimiento lento y volátil. Más aún, en el último bienio la economía se ha estancado, mientras se difunde el desencanto popular con la inseguridad y la pobreza que agobian al 50% de la población. La dependencia externa se intensifica, mientras se pierde la capacidad estatal de hacer viable el crecimiento interno.

La enorme interdependencia económica entre naciones acarreada por la globalización, lleva de la mano a reconocer la importancia de crear mecanismos sistemáticos de coordinación de las políticas de las principales potencias mundiales. De otra suerte, se corre el riesgo de sufrir descabros depresivos de alcance planetario como ha estado a punto de ocurrir en los últimos años. Al propio tiempo, sería aconsejable compensar la cesión de autonomía económica de los países del Tercer Mundo, con normas y apoyos que les faciliten diseñar medidas desarrollistas, o las encaminadas a instrumentar acciones anticíclicas.

Estos últimos planteamientos con ser razonables, difícilmente se pondrán pronto en práctica. Como se acaba de observar en el seno del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, hay resistencias a ordenar el mundo conforme a normas multilaterales, que limiten el espacio de decisiones, el unilateralismo, de los actores de mayor peso en la geopolítica internacional.